

vilegiada, escogida entre todas para ser la Madre de su propio Creador. Ella nos ha protegido constantemente desde el cielo, ella ha velado por este su pueblo, y hoy nos permite consagrarle el templo que, merced á su poderoso auxilio, hemos podido erigirle. ¿Qué mejor modo de celebrar su gloriosa Natividad que dedicándole este mismo templo, y colocando su imagen en el trono que le hemos levantado y desde el cual seguirá velando por nosotros é interponiendo su influjo, para apartar de nuestras cabezas los castigos que reclaman nuestros pecados? Ella, de quien no sin razón canta la Iglesia que ha destruido en el mundo todas las herejías, *cunctas hæreses sola interemisti in universo mundo*, ella sea nuestro baluarte y nuestra defensa contra las sectas heterodoxas que pretenden sentar sus reales entre nosotros.

El ínclito San Ignacio de Loyola, suscitado por la Providencia para poner coto á los desmanes de Lutero y sus secuaces, nos pague el nuevo culto que hoy empezamos á tributarle en estas fronteras, conteniendo los avances de los sectarios y librando de sus garras á nuestra juventud. Los Santos todos cuyas imágenes aquí veneramos intercedan por nosotros, y nos alcancen la gracia de que, terminado en toda su extensión este santuario, y perfeccionado el templo místico de nuestras almas, lleguemos un día á contemplar al Señor cara á cara en derredor del altísimo trono en que reina eternamente en el cielo. Así sea.

## PLÁTICA

PRONUNCIADA EN LA SOLEMNE BENDICIÓN DE LA IGLESIA  
DE HUALAHUISES EL 20 DE OCTUBRE  
DE 1884.



*Hodie huic domui salus facta est.*  
Hoy ha venido la salud á esta casa.

LUC. XIX, 9.

**E**L Evangelio que la Iglesia señala para la fiesta de la dedicación de un templo, nos refiere una historia tan instructiva como tierna. Zaqueo, hombre principal entre los publicanos, pequeño de estatura, pero rico en bienes; de elevada posición social, pero odiado del pueblo, como eran entre los judíos, y no sin razón, los empleados de hacienda, al oír el ruido de la turba que acompaña á Jesús en su entrada á Jericó, se siente movido de ardientes ansias de ver siquiera de lejos á aquel Profeta, de quien tantas maravillas se cuentan. ¡Imposible entre tanta gente, sobre todo para un pigmeo! Devorado, empero, por un deseo sugerido de lo alto, sin atender á su categoría, ni temer las burlas de la plebe, corre como chicuelo, y sube á un árbol que

crece á orillas del camino. Al pasar Jesús se detiene á mirarlo, lo llama por su nombre, y premia su anhelo diciéndole con dulzura: Zaquéo, dáte prisa á bajar de esa higuera, porque sabe que he escogido tu casa para hospedarme: *Zachæe festinans descende, quia hodie in domo tua oportet me esse.*

¿No era justo, Hijos míos, que siguiendo yo el ejemplo de nuestro Divino Maestro, corriera por montes y por valles, cruzando los ríos hinchados por las lluvias y atravesando la escarpada sierra que nos separaba, para visitaros á su nombre, y prepararle la nueva mansión que le habéis fabricado? Doble satisfacción he experimentado al cumplir con este deber. Adondequiera habría volado tratándose de dedicar un templo al Señor; pero con mayor razón á vuestro pueblo. He visto los esfuerzos que, en medio de la pobreza general, habéis hecho para ampliar vuestra Iglesia; he sido testigo de vuestra inquebrantable constancia, y suspiraba por dirigiros palabras de estímulo y felicitación. Conozco además vuestra religiosidad; he sabido con qué fidelidad conserváis las tradiciones y prácticas piadosas de vuestros mayores; y he querido animaros con mi presencia á perseverar hasta el fin en vuestras católicas costumbres, y á probar al mundo que al convertirse á la fe las tribus que habitaban estas regiones, entró verdaderamente la salud á esta casa, como á la casa de Zaquéo: *hodie huic domui salus facta est.* Tal será el objeto de mi brevísima plática.

## I

Para conocer el grado de cultura y de prosperidad á que un pueblo ha llegado, no tenéis más que examinar sus templos. Así en la aldea más humilde como en la metrópoli más opulenta, la Iglesia es la piedra de toque para medir su civilización y progreso. Si las artes florecen, si la arquitectura ha llegado á reinar cual soberana, si la escultura y la pintura son tenidas en la estimación que merecen, estad seguros que arquitectos y pintores y escultores, á la Casa de Dios irán á lucir los mejores frutos de su ingenio. Si la guerra ó las conquistas han extendido el predominio de una nación, estad seguros que en los templos se reflejará este apogeo. Este es un hecho siempre verdadero, ya se trate de las cristianísimas Repúblicas italianas de la Edad Media, ya de la católica España del siglo XVI, ya de la protestante Alemania de nuestros tiempos. Ahí están para probarlo las catedrales de Florencia y de Pisa, la de Colonia que se acaba de terminar, el Escorial suntuoso y espléndido después de tres centurias.

De igual manera en nuestras pequeñas aldeas. El pueblo que, ó no ha construido iglesia, ó ha dejado convertir en escombros su oratorio, de seguro será presto

borrado él mismo de la faz de la tierra. El que por todo templo puede ostentar apenas una choza de cañas, es porque se halla en la cuna de la civilización. Si vais á una villa cuya iglesia empezada no descubre aún ni techo ni altares, ni deja oír el ruido de laboriosos obreros que lleven adelante la fábrica, jurad que divisiones intestinas separan á los habitantes, que las malas costumbres reinan con la discordia, que la impiedad se da la mano con la barbarie.

Por el contrario, la villa que apenas comienza á formarse cuando erige al Señor un decente oratorio; que á medida que crece va convirtiendo su pequeña capilla en amplio santuario; que luego que prospera adorna su iglesia con lo mejor que produce su suelo ó puede hacer venir de luengas tierras, da pruebas de civilización y de progreso, de adelanto y cultura, que aunque en el momento no se descubran por todos los ojos, muy presto se harán patentes hasta á los más obcecados.

Tal puedo decir de vuestro pueblo, habitantes de Hualahuis. Pequeña era la capilla que yo conocí cuando os visité por vez primera; más pequeño y más pobre fué el primer oratorio en que hace dos siglos celebraron los primeros misioneros el Santo Sacrificio. Pero cuando hace dos años volví en medio de vosotros, ya habíais comenzado el nuevo templo que hoy dedicamos; y aunque vuestra agricultura y vuestro comercio no os suministran sobrados recursos, dabais de lo que teníais, aun con más prodigalidad de la que debiera esperarse, para la construcción de la Casa de Dios. ¡Loado sea el Señor, que después de tantos trabajos, os concede hoy la dicha de ver coronados vuestros afanes!

Los campos bien cultivados que miro en derredor, las cosechas abundantes aquí, mientras en otras partes se han malogrado, vuestro comercio más próspero, vuestras fincas urbanas aumentadas y embellecidas, me prueban que habéis adelantado sin cesar, y que no en vano afirmaba hace poco, que los templos dan la medida de la cultura y prosperidad, así de una gran capital como de un insignificante villorrio.

Y no sin razón. La Iglesia, como observa el Crisóstomo, es la casa de todo el pueblo, el albergue universal de los habitantes: *communis omnium domus est Ecclesia*. ¿No era natural, que á medida que prosperabais, pensarais en ampliar la que debía ser morada de todos vosotros, al mismo tiempo que morada de Dios? ¿No era justo que conforme se iba aumentando la gran familia congregada primero en estos fértiles campos, se adornara más y más la casa del celestial Padre de familia y de sus piadosos hijos? ¿No era conveniente que al ver terminados los trabajos de la construcción, y al llegar el día de fiesta que trae el estreno de una nueva casa, se convidara no sólo á los hijos del pueblo, sino á los de la vecina ciudad de Linares, á dar gracias á Dios y á regocijarse santamente en el Señor? ¿No era igualmente decoroso que nos invitarais á visitar vuestro nuevo edificio, á predicaros la palabra divina y á entonar himnos de gracias al Omnipotente?

Tal habéis hecho, Hijos míos, y obsequiando, más diré, previniendo vuestros deseos, he venido yo mismo á rociar con el agua lustral las recién construidas bóvedas de vuestra nueva casa. Mucho me consuela y halaga el veros reunidos en tan gran multitud; y al contemplaros

á todos pendientes de mis labios, me vienen á la memoria las palabras que el Crisóstomo dirigía en ocasión parecida á los Antioquenos. Mil veces prefiriera (les decía) ser desairado en la casa de cualquiera de vosotros, que venir á predicar á este templo y encontrarme sin oyentes. Tal desprecio me sería infinitamente más doloroso, porque esta casa de oración os pertenece más, es más vuestra todavía, que la mansión en que cada uno habita. *Millies potius malim in domum alicujus vestrum ingressus destitui, quam hic prædicans non audiri. Hoc mihi molestius esset quam illud, quandoquidem magis propria hæc est quam illa.*

Aquí están atesoradas nuestras mejores riquezas; aquí se halla guardada toda nuestra esperanza. ¿Qué vale la mesa del más opulento magnate, comparada con la mesa del altar, en que el Cuerpo de Cristo se sirve como alimento, en que su Sangre se propina como bebida? ¿Pueden parangonarse las más preciosas lámparas con la antorcha de la fe, que aquí nos ilumina y deslumbra? Aunque contengan vuestras arcas oro y diamantes, es más valiosa el arca que aquí custodiamos, como que encierra el incomparable depósito de la Divina Misericordia. Presentadme el lecho mullido del monarca más poderoso; más suave todavía hallaréis el mórbido almohadón de las Sagradas Escrituras, en que encuentra el alma cristiana descanso tan grato, sueño tan tranquilo: *divinarum Scripturarum requies quovis lectulo suavior est.*

Yo también me regocijo de haber encontrado en esta santa Casa auditorio tan numeroso, hospedaje tan exquisito. Yo también sentiría mucho más el ver este templo desierto, que el saber que abandonabais vuestras

casas, huyendo de la guerra, ó de la peste, ó del terremoto. Por la misericordia de Dios, ni uno ni otro caso ha llegado. Vivís tranquilos en vuestras moradas, y acudís á llenar la Iglesia, no sólo en festividades extraordinarias, como la presente, sino cada domingo y cada fiesta de guarda. Sé que celebráis con solemne pompa la Semana Mayor; y que, cada vez que se ofrece dar gracias á Dios por los beneficios recibidos, ó impetrar del cielo nuevos favores, no os limitáis al estrecho recinto de la Casa de oración, sino que en las calles, y en las plazas, y en los campos, tributáis á vuestros santos protectores el público homenaje que merecen los celestiales cortesanos de aquel Rey supremo á quien pertenecen la tierra y su plenitud, el orbe y todos los seres racionales é irracionales que en su ámbito moran. *Domini est terra et plenitudo ejus; orbis terrarum et universi qui habitant in eo.* Esta piedad y estas prácticas, conservadas aun en los tiempos más adversos, me indican que desde que rayó la aurora del Evangelio en estas comarcas, no se ha puesto para sus habitantes el sol de la fe; y que desde entonces acá no ha brillado para esta cristiana familia más que un día glorioso, día de paz y de salvación: *hodie huic domui salus facta est.* Lancemos una ojeada retrospectiva á esos tiempos todavía no remotos.